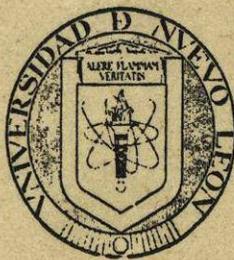


HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANISTICOS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Año I

Nº 1

1960

HUMANITAS
Correspondencia: Centro de Estudios
Humanísticos. — Dirección: Zaragoza
Norte 224. — Monterrey, N. L.

HUMANITAS
ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS
DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

PRIMERA EDICION

Derechos Reservados ©
por el Centro de Estudios Humanísticos de la U.N.L.

La responsabilidad derivada de los estudios contenidos en
este Anuario corresponde exclusivamente a sus respectivos autores

EL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Dr. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE
Universidad de Nuevo León

EL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS de la Universidad de Nuevo León es el nombre de una esperanza mexicana, específicamente neolonesa. Nace a la vida de relación, limpio de prejuicios, con anhelos de verdad y con voluntad de servicio.

Vivimos en una época de crisis. La vida actual se ve acosada por una terrible angustia producida por la desorientación; nos toca vivir en un mundo que al parecer se desquicia. Un sistema de ideas y formas de vida se hunde en el ocaso y no se ven alborear nuevas estructuras, nuevos pensamientos. El debilitamiento y la distorsión del raciocinio caracteriza la crisis actual. La técnica, que debiera servir al hombre para dominar la naturaleza y poder vacar en sus menesteres espirituales, le ha esclavizado. Padecemos una crisis de intimidad. Vivimos extravertidos en lo de fuera, fugándonos de nuestro yo auténtico y aturdiéndonos con el vocerío de los instrumentos de disipación (prensa, radio, televisión, cinematógrafo). Aunque tengamos más información que en otras épocas, hay una creciente indiferencia crítica. Al parecer ya no importa pensar y saber, sino vivir y ser eficiente. La técnica orientada en un sentido gigantesco y mercantil, es la plasmación materialista de la eficacia cuantitativa, que ha sustituido a la idea de salvación. Se ha perdido el sentido de universo, de verdad total,

para caer en la atomización de un puñado de verdades parciales que no se sabe cómo conciliar.

Los cultivadores de las ciencias especiales buscan al hombre donde el hombre no está, con instrumentos inapropiados para captar las sutilezas de lo humano. De ahí la certera agudeza de la paradoja de Heidegger: "en ninguna época se ha sabido tanto y tan diverso con respecto al hombre como en la nuestra. En ninguna época se expuso el conocimiento acerca del hombre en forma más penetrante ni más fascinante que en ésta. Ninguna época, hasta la fecha, ha sido capaz de hacer accesible este saber con la rapidez y facilidad que la nuestra. Y, sin embargo, en ningún tiempo se ha sabido menos acerca de lo que el hombre es. En ninguna época ha sido el hombre tan problemático como en la actual". (M. Heidegger, *Kant y el Problema de la Metafísica*. Fondo de Cultura Económica, México 1954, p. 175). Todo esto es cierto, innegable, pero siempre queda lugar para el examen de conciencia y para la esperanza.

La responsabilidad de un Centro de Estudios Humanísticos, con sus diversas Secciones, ante la crisis del mundo actual, no se limita al señalamiento, más o menos lúcido, de los fundamentos de la crisis y de las posibilidades de superarla. Estamos comprometidos (así lo pienso yo por lo menos), a reafirmar vitalmente la verdad, la bondad, la belleza y los demás valores eternos en lo que tienen de imperecedero, limpiándolos de todo lastre circunstancial. El hombre no podría vivir, si no tuviese la convicción de que sus facultades cognoscitivas lo llevan a la verdad. Sería imposible obrar o abstenerse de obrar. Indudablemente la razón alcanza con certeza plena las verdades más elevadas del orden natural. Y ello es así, porque *lo que es*, es lo que causa en nuestro espíritu la verdad. Para ser plenamente escéptico habría que convertirse en vegetal. Es claro que al afirmar la veracidad de nuestras facultades cognoscitivas estamos muy lejos de caer en el error, por exceso, del racionalismo. Nuestra razón alcanza la verdad no sin dificultad y a condición de someterse a una disciplina externa a ella.

Todo el hombre está empeñado en la indagación de la verdad.

Y cuando se la descubre amorosamente en el silencio de la meditación, se pega al alma y le infunde vida interior. No es bien mostrenco, sino asunto íntimo, descubrimiento histórico con una filiación personal. El hombre no inventa la verdad, se acerca a ella y la recoge con reverente humildad. Pero en este acercamiento, el ser humano rasga la corteza de las cosas para alumbrar su secreto íntimo. Sólo después de ser poseída, la verdad —luz y alimento— puede ser comunicada. Y es lo cierto que nacimos para la verdad, aunque nos empeñemos algunas veces, en vivir en el error. Cuando la verdad nos posee, surge la ciencia. Los griegos daban el nombre de "aletheia" al "descubrimiento", a la "patencia" de las cosas. La verdad era, para ellos, una propiedad del ser real. La presencia humana en el mundo posibilita —no genera— la verdad. En este sentido, somos responsables de la verdad en cuanto develamiento y en cuanto comunicación. El amor es inseparable de la verdad: la esclarece y la posibilita. Estamos llamados —todos, sin excepción— a dar testimonio de la verdad. Abrirse a la verdad, y abrirse en la verdad para los otros es cumplir la ley de nuestro propio ser. Tenemos la certeza de que somos hombres para algo más que para dar con nuestros huesos en una tumba. Por eso me ha parecido siempre magnífico el lema de la Universidad de Nuevo León, mi "alma mater": "Alere Flammam Veritatis". Si la administración de la verdad está confiada a la libertad humana, es preciso alentar la flama de la verdad. Condenados como estamos a la muerte, debemos apresurarnos —con inquebrantable voluntad y sin descanso—, a dar nuestro mensaje —grande o pequeño pero siempre auténtico—, antes de pasar a aquel estadio en donde tenemos la certeza —los creyentes— de que sobran los mensajes porque todo está a la vista, en su más prístina patencia. Pero todo develamiento, todo mensaje debe estar al servicio del amor que abraza y excede a la verdad. Otra cosa sería exhibicionismo y escándalo. Si todo hombre es un ser dialógico, la verdad tiene también, en consecuencia, un carácter dialógico, social. Florece en el coloquio de los espíritus libres. Cada hombre tiene la posibilidad de enriquecer su propio campo visual con el de los otros. Cada hom-

bre capta, sostiene y transmite la verdad de manera personal. Y todo ello sin mengua del carácter universalmente válido y supratemporal de la verdad. Por diversas rutas: Filosofía, Ciencias Literarias, Historia y Ciencias Sociales, los miembros del Centro de Estudios Humanísticos andamos en pos de la verdad. Sabemos que en el ser, en la verdad, habrá siempre un fondo de misterio y, por tanto, una inagotable fuente de sorpresa. De ahí nuestra perpetua inquisición de la verdad. ¿Pero es que puede ser otra cosa la investigación? “Busquemos, sugiere San Agustín, como quienes van a encontrar, y entremos como quienes aún han de buscar, pues, cuando el hombre ha terminado algo, entonces es cuando empieza”. (De Trin., IX, c.1.). Búsqueda que es preciso insertar en el momento histórico, porque el descubrimiento de la verdad —sucesivo y progresivo— se hace en el tiempo. Siempre cabe descubrir, en diversos momentos históricos, aspectos diversos de una norma universal y eternamente válida.

No basta, sin embargo, un decidido y apasionado amor por la verdad. Las disciplinas humanísticas —la Filosofía, la Lingüística, la Historia, las Ciencias Sociales— exigen un dominio del instrumental metodológico, incompatible con la facilidad del saber vulgar. Es menester que nuestros investigadores tengan un conocimiento suficiente de la metodología para estar en aptitud de recoger y estructurar todas las normas que la razón y la experiencia dictan, a fin de llegar segura y prácticamente a los especiales objetivos de investigación que en concreto se pretenden. Ningún sistema ideológico por respetable que sea, podría servir a manera de común denominador entre investigadores de muy diversa formación y procedencia. Algo hay, no obstante, que permitirá estampar, en los trabajos de nuestros colaboradores, su sello peculiar e inconfundible: el rigor metódico, el estilo científico. El ensayismo y los trabajos de divulgación —dignos de respeto y hasta convenientes en otras circunstancias— quedarán fuera de nuestros objetivos. Nos hermana una tarea científica, una disciplina metodológica, por encima de cualquier cosmovisión personal. No estamos solos. Contamos con el apoyo moral y material del H. Poder Eje-

cutivo del Estado de Nuevo León, del H. Patronato Universitario y de nuestra Universidad que, en la digna persona de su Rector, ha puesto especial empeño para fomentar, en nosotros, el esfuerzo para la consecución de la meta propuesta. Hace aproximadamente un año, cuando el Centro de Estudios Humanísticos era apenas una idea auroral que bullía en mi cerebro, tuve la decisión de confiar mi proyecto al licenciado don Raúl Rangel Frías, Gobernador del Estado y universitario “ex veritate”, quien me brindó, desde el primer instante, su franco respaldo y su generosa simpatía. Que conste, desde ahora, el público testimonio de mi gratitud. El resto: la estructura y el funcionamiento del Centro, fue cuestión de entusiasmo del Comité Organizador.

Séame permitido ofrecer, siquiera sea en sus líneas fundamentales, la urdimbre del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León. Trátase de un organismo universitario cuyo objeto primordial es fomentar y promover la investigación dentro de las disciplinas humanísticas. Por ser una institución de carácter estrictamente científico, queda fuera de su campo de actividades todo tipo de proselitismo político o religioso. El Centro de Estudios Humanísticos está legalmente representado por su Presidente, pero la autoridad máxima será el Consejo General, formado por el Presidente y los Jefes de las Secciones que lo forman. Inicialmente tenemos las siguientes Secciones: a).—Filosofía; b).—Letras; c).—Historia; d).—Ciencias Sociales; e).—Editorial. Se contará con investigadores de las siguientes categorías: a).—Investigador Jefe de Sección; b).—Investigador de Planta; c).—Investigador extraordinario (becado o huésped). Además de los diversos libros que produzcan los investigadores, el Centro de Estudios Humanísticos publicará un anuario intitulado “Humanitas”, con todos los trabajos aprobados de sus investigadores y aquellos otros que se soliciten a escritores nacionales o extranjeros de reconocido prestigio. La Institución tendrá como patrimonio económico, el que se constituya por las aportaciones regulares que haga el Gobierno del Estado, el Patronato Universitario de Nuevo León, la Universidad de Nuevo León y los ingresos que obtenga de sus ac-

tividades y publicaciones. Sin perjuicio de su fin primordial, la investigación, el Centro realizará actividades de extensión tales como: misiones culturales, conferencias y cursos monográficos dentro de la Institución, participación en Congresos Nacionales y extranjeros, estudios que le encomiende el Gobierno del Estado dentro de su campo propio de trabajos, etc. Los perfiles del Centro de Estudios Humanísticos están diseñados. El programa, noblemente ambicioso, queda trazado. Pero la realización nos incumbe, en una forma o en otra, a todos los amantes de la Universidad.

Nuestra tarea es eminentemente universitaria. Si la cultura y las profesiones no estuviesen en un estrecho contacto con el incesante fermento de la investigación, la Universidad se anquilosaría muy pronto en sarmentosa rutina. Nada sería la enseñanza superior si no tuviese hincadas sus ávidas raíces en el suelo nutricional de la ciencia. La investigación dignifica a la Universidad y la salva de caer en las redes de una mecánica ciega. Todo puede ser penetrado, aclarado y objetivado en el viviente espíritu de la Universidad investigadora. Partiendo de nuestra fidelidad a las mejores esencias universitarias, podemos, por el espíritu de la investigación, henchir de posibilidades y de realidades a nuestra "Alma mater", que se renovará en nosotros y en las generaciones que nos sucedan. Estamos abiertos al diálogo porque creemos que es el único medio para expresar y comunicar a los demás la vida de la investigación humanística. Sabemos que por el diálogo la investigación se asocia y hace solidarios los esfuerzos de los individuos que la cultivan. Tenemos la convicción de que las humanidades son, antes que un sistema de doctrinas, una búsqueda que replantea incesantemente los problemas, para sacar de ellos el significado y la realidad de la vida humana. No andamos en pos de un humanismo libresco y conceptual, "almendrado de citas griegas y latinas, pero sin latido cordial para el hombre" (Caba). Queremos llegar a un saber del hombre para el hombre. Un saber del hombre concreto, del hombre integral que es, a la par, espíritu y carne, alma y hueso, razón y sangre, instinto y pasión. El ser multidimensional del hombre reclama una visión comprensiva de todos sus planos. "El co-

nocimiento no es nada, escribe E. R. Curtius, si no es el entusiasmo del amor". Una atmósfera cargada de entusiasmos y esfuerzos científicos, permea, como supuesto radical, la existencia de nuestro Centro de Estudios Humanísticos.

"El hombre —intuyó Nietzsche con penetrante agudeza— está hecho para ser superado". Pero el poeta-filósofo germano equivocó el camino. La "bestia rubia", que soñó Nietzsche, está de antemano frustrada. El estancamiento en la evolución biológica de la especie humana no es mera casualidad. La inteligencia, la razón, la capacidad de crear instrumentos y civilizaciones han embotado los instintos, la fuerza animal y la facultad de adaptación al medio. Por eso se me ocurrió decir alguna vez que el hombre, como animal, es un *animal frustrado*.

Si la evolución del hombre se ha detenido en el orden fisiológico y anatómico es porque continúa en el orden espiritual y moral. Desde el momento en que surgió el lenguaje hablado, apareció una forma de inteligencia específicamente humana. La evolución morfológica y los instintos comenzaron a perder importancia. En su lugar apareció la libertad de elegir entre la satisfacción indiscriminada de los apetitos biológicos y el cumplimiento de nuestro dinamismo espiritual ascensional. Aquí se detiene la evolución y se inicia la revolución.

Estamos en la aurora de una nueva etapa. La historia de la humanidad no es, comparativamente, muy antigua. La realización de los grandes valores por nuestros primitivos y cavernarios ancestros debe haber resultado una seria desventaja en la lucha con la crueldad inconsciente y la brutalidad de los otros. Pero fueron estos conductores los que hicieron perdurar las más caras enseñanzas al rebaño humano.

Biológicamente, el hombre sigue siendo un animal; pero un animal disminuido, enfermo; aunque también, preciso es decirlo, correlativamente aumentado, engrandecido en su dignidad. La libertad no es sólo un privilegio; es una prueba. Podemos subir por la escala ascendente del espíritu o podemos bajar por la vertiente de

nuestra animalidad frustrada que, en definitiva, apunta hacia la nada.

En ese trascender a las cosas, el hombre llega hasta trascender a sí mismo, a su propia vida y a toda vida.

Sólo al servicio de un valor que la incite y la guíe, cobra la vida contenido y plenitud. La vida es ofrenda, es misión a algo meta-vital. Los integrantes del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León nos hemos entregado a una tarea. Una misteriosa abertura de nuestro espíritu hacia el mundo de la verdad, de la bondad y de la belleza eternas se ha hecho patente en nuestro quehacer. Y bien sabemos que fuera del cumplimiento —aunque sea parcial, pobre, distante— de los valores supremos —cada quien en su propio camino y estilo— no podremos llegar a la paz íntima, a conclusión y descanso.

SIGNIFICACION Y SENTIDO DE LA MUERTE

Dr. Agustín Basave Fernández del Valle

Sección Primera

FILOSOFIA

ME PRODUCE COMUNICAR, en esta investigación, algunas reflexiones metafísicas sobre "El Sentido de la Muerte y el Problema del Más Allá". Trabajo desde hace algunos años, con verdadera intención y entusiasmo, en una "Filosofía como Propedéutica de Salvación". Y claro está, en una "Filosofía como Propedéutica de Salvación" no podía estar ausente el tema de la muerte y del más allá. Mi vocación, probada y definida, es filosófica. Por lealtad a esa vocación, por razones de pureza metódica y por respeto a los dogmas del teólogo, a los cuales me armo con los ojos esperanzados de un creyente, me abstendré de estudiar la muerte y la vida perdurable a la luz del dogma. Mi propósito es bien modesto: situarme entre los angustiados hombres de este siglo para hablarles a su inteligencia y a su corazón, hacer más sus preocupaciones y sus sorpresas, para balbucear a la luz de la razón natural, si se puede, algunas palabras de esperanza. Porque ustedes y yo necesitamos saber por qué morimos y por qué vivimos si hemos de morir. ¿Cuál es la significación de la muerte? ¿Por qué he de ser la vida una preparación para la muerte? ¿Qué sentido tiene el morir? ¿Se da un presentimiento y una revelación de la muerte?